

## ORACION FUNEBRE POR LOS MARTIRES DE LA PATRIA

Pronunciada en el panteón nacional de La Veracruz, el 19 de julio de 1938.

Por el P. FÉLIX RESTREPO, S. J.

Hermanos en el regazo de la patria y hermanos en Jesucristo:

La tierra que pisamos en esta capilla es tierra santa. Ocho años apenas después de la fundación de la Ciudad Nueva de Granada, fue consagrada al culto divino por los conquistadores. En ella la caridad de los hermanos de la Santa Vera Cruz daba piadosa sepultura a los que en manos de la justicia humana expiaban sus delitos con su vida. Y en ella, confundiendo sus cuerpos inocentes con los cuerpos de los criminales, vinieron también a dormir el último sueño los más ilustres hijos de la patria nuestra, sacrificados por la incomprensión y la crueldad del que malamente se llamó el pacificador, y mejor hubiera podido llamarse el segador de toda la brillante juventud que en el suelo de la patria prometía rica mies de bienestar para los pueblos, y que cortada a deshora se convirtió en brillante cosecha de mártires para la inmortalidad.

La tierra que pisamos en esta capilla es tierra santa. Murieron nuestros mártires afrentados ante el juez inicuo, quien no permitió que se pusiera sobre sus tumbas siquiera el nombre que conservara su memoria. Así dondequiera que con nuestra imaginación rompamos la superficie de este campo santo, encontraremos mezclados los huesos de los criminales y los huesos de los próceres. Todos yacen acogidos a la inmensa misericordia de Dios, que dio a unos tiempo para arrepentirse y ocasión para expiar sus maldades, y que dio a otros el mérito del sacrificio completo de su ser, guardando la corona de gloria para el solemne día de la resurrección de los muertos.

De todas las regiones de Colombia hay en este sagrado recinto hijos preclaros. Cundinamarca encabeza la lista con Jorge Tadeo Lozano y los demás héroes del 20 de julio y con la simpática Policarpa Salavarrieta, la que *yace por salvar la patria*. Pamplona, Cartagena, Tunja, Ibagué, Socorro, los pueblos de Antioquia y del Valle del Cauca tienen en esta tierra bendita pedazos de su corazón. Y la ilustre Popayán, madre fecunda de claros varones, aún tiene bajo estas losas anónimas a Camilo Torres y a Miguel Pombo, después de haberse llevado, con solicitud maternal, aunque mezclados con otras cenizas, los últimos despojos de Francisco Antonio Ulloa y de Francisco José de Caldas.

Nombres capaces por sí solos de dar gloria a una república los que acabamos de citar; y no son sino la mínima parte de los trescientos que sacrificó la cuchilla del pacificador, de los cuales setenta esperan en este santo templo la hora de la justicia final.

Los organizadores de este anual homenaje han querido esta vez que se consagre un recuerdo especial a los mártires de la patria que fueron hijos del colegio de San Bartolomé. Tal vez pensaron que este año pueda ser el último de la vida del ilustre colegio que junto con el del Rosario fue gloria de los tiempos coloniales y cuna de la república. Tal vez previeron que nunca más los hijos de San Bartolomé podrían asistir en comunidad a honrar las cenizas de los que les precedieron en los claustros severos y fecundos de fray Bartolomé Lobo Guerrero.

Es el colegio de San Bartolomé el más antiguo de Colombia, y en toda América no cede la palma de la antigüedad sino a los de Lima y México. Todo el clero colonial, que tan inmensa labor civilizadora de los indios y moderadora de las concupiscencias de los conquistadores hizo en la entonces inmensa arquidiócesis de Bogotá, se formó en el colegio seminario fundado por Bartolomé Lobo Guerrero; y cuando la pragmática sanción de un desaconsejado monarca arrojó de sus aulas a sus fundadores los jesuitas, la colonia recibió el glorioso plantel en plena producción de una nueva raza de hombres orientados hacia el porvenir, virtuosos, estudiosos, firmes, constantes, que anunciaban ya la generación fecunda de los padres de la patria. Los nombres de Francisco de Paula Santander, José Félix de Restrepo, Antonio Ricaurte y Francisco Antonio Zea bastarían para mostrar cuán beneméritas han sido y son de la república las aulas fundadas por los jesuitas.

Entre los setenta mártires que en este panteón nacional esperan la resurrección en el último día, no menos de quince son hijos del colegio de San Bartolomé. De todos los ángulos de la patria vinieron ellos a beber ciencia en las aulas de Lobo Guerrero, y así como el amor a la verdad los juntó en los bancos escolares, el amor a la patria los junto en el patíbulo y en la fosa común.

¡Oh, qué nuevo areópago pudiera formarse si todos estos mártires se levantaran hoy de sus sepulcros y volvieran a reunirse en el aula máxima de su restaurado colegio! Correspondería la presidencia a un hijo de Bucaramanga y la vicepresidencia a un hijo de Antioquia, que fueron los últimos mandatarios de la patria naciente ahogada en sangre: Custodio García Rovira y Liborio Mejía. García Rovira, "el estudiante fusilado por traidor", mandó escribir el tirano sobre su patíbulo. "El primer discípulo de la escuela teológica y uno de los mejores de las aulas de leyes", dijo de él su contemporáneo don José María Salazar; famoso en su cátedra de filosofía en su mismo colegio bartolino; famoso en los campos de batalla y que ha dejado en nuestra historia un grito: "¡Firmes!", y una romántica trama de idilio y de tragedia, en que la realidad supera a la fantasía y que está esperando todavía al artista que haya de inmortalizarla en una épica leyenda.

Liborio Mejía, gallardo en los salones y en los combates, que a los 24 años era ya vicepresidente de la moribunda república, que en la Cuchilla del Tambo quiso antes perecer temerario que tímido, y fue como temprana flor tronchado en la primavera de la vida.

El Néstor de esa asamblea sería Manuel Bernardo Alvarez, el que como presidente del Estado firmó el acta federal en 1811, el que tuvo a Bolívar a sus órdenes en 1813 y fue vencido por él en 1814.

Bogotá estaría otrosí representada por Ayala y Vergara, el compañero de Nariño en la publicación de los *Derechos del hombre*; José María Carbonell, de la Expedición Botánica y ministro del tesoro en la naciente república; José Nicolás de Rivas, que rechazó un título de Castilla y se honró con el bastón de alcalde ordinario de su ciudad natal; Francisco Morales, el que con sus dos hijos contuvo el orgullo de Llorente en el memorable 20 de julio de 1810, y dio con su bizzarria ocasión al movimiento de la independencia; y José Gregorio Gutiérrez, cuya sombra pertenece también al caudal épico de nuestra patria, cuando se despide de su padre para marchar el hijo al patíbulo y el padre al destierro, y cuando bendice a su esposa y a sus hijos que vestidos de negro se arrodillan en un balcón para verlo por última vez en el desfile trágico de los condenados.

Los que actualmente se conocen con el nombre de los Santanderes estarían lujosamente presentes en la persona de Emigdio Benítez, maestro de derecho público; Crisanto Valenzuela, gran talento, gran profesor, gran propagandista, "autor de infinitos papeles subversivos", como dice en su relación el pacificador Morillo, e Ignacio Vargas, hombre de consejo, gobernador que fue de Cundinamarca.

Antioquia cuenta además con José María Arrubla, acaudalado y generoso, prudente y buen consejero, y con Joaquín Hoyos, el de Marinilla, tan buen abogado como valiente militar.

Buga tiene a Francisco Cabal, el activísimo organizador y proveedor de los ejércitos del sur y gobernador de Popayán. Y para que no falte representación de la hermana república de Venezuela, ved allí a Francisco Javier García Hevia, lector de filosofía y vicerrector de su colegio, que al morir repartió a los soldados de la escolta sus dineros dando un escudo de oro a cada uno.

Podrían además tener asiento en ese congreso legendario otros muchos hijos de San Bartolomé y mártires de la patria, cuyos restos descansan en los más apartados sitios de la república. Y así vendrían, de Pore Frutos Joaquín Gutiérrez; de Popayán José María Gutiérrez; y Francisco Antonio Cayzedo de la Llera; de Honda el ilustre José León Armero; de Neiva José María López; de Nutrias Juan N. Mathey de Piedri, y de Villa de Leiva el teniente coronel Joaquín Umaña.

Puerto Cabello y Portobelo nos devolverían respectivamente a Manuel Ricaurte, el hermano menor de Antonio el de San Mateo, y a Juan Elías López de Tagle, gobernador de Cartagena durante el sitio de Morillo. Y Quito finalmente nos enviaría a aquel hijo de Rio-negro y paisano de Córdoba, Juan de Dios Morales, que fue en aquella capital el lema del movimiento el 10 de agosto de 1809.

¡Ved qué figuras, qué hombres los que se sentarían en ese congreso de héroes, hijos todos del colegio de San Bartolomé, frutos to-

dos del árbol que en buena hora plantaron los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada!

¿Y cuál es la lección que nos dan todos estos ilustres hijos de la patria? Es la lección del heroísmo, la lección de la actividad ordenada a un noble fin, la lección del valor relativo de la vida humana. No es la vida el máximo bien a cuya conservación deban sacrificarse todos los demás. No es la conservación de la vida el fin de nuestra existencia. No es el heroísmo algo que esté por encima de nuestras cabezas. Es la actitud que debe tener todo aquel que quiere vivir una vida digna de un ser racional.

Diversas son las categorías de los bienes con los cuales plugo al cielo adornar nuestra existencia. Están en primer lugar los bienes de fortuna que nada añaden al intrínseco valor de nuestras almas, pero nos dan medios para multiplicar nuestro influjo y nuestras actividades. En lugar más alto se hallan los bienes de la salud y de las habilidades corporales. Ya ellos perfeccionan nuestro ser, pero solamente en su parte inferior, la que tenemos común con los irracionales. En seguida podemos poner la misma vida temporal. Por encima de ella ¡cuántos bienes hay todavía, más preciosos que la misma vida! El honor, la amistad, el hogar, la patria, la virtud, la fe y el orden sobrenatural, al cual plugo a la divina bondad elevar a sus criaturas racionales, haciéndolas participantes de la naturaleza divina y destinándolas a una felicidad muy superior a aquella que por sus solas exigencias naturales podría esperar la humanidad.

Todos estos bienes están escalonados de manera que los inferiores se sacrifican y deben sacrificarse para conservar los superiores. ¿De qué vale la fortuna sin la salud? Con razón sacrifican los hombres todos sus recursos para restablecer su salud quebrantada. ¿De qué vale la salud, de qué vale la vida si ella supone la pérdida de la honra, si supone la traición a la amistad, si trae consigo la ruina del hogar, si para conservarla hemos de ver esclavizada nuestra patria, si sólo podemos poseerla con detrimento de la virtud, si por aferrarnos a ella perdemos la vida sobrenatural?

Bella es la vida, podríamos decir imitando a un ilustre escritor nuestro, bella es la vida, pero nada vale sin el honor. Bella es la vida, pero más bella es la amistad. Preciosa es la vida, pero más precioso es el hogar. Dulce es la vida, pero más dulce es sacrificarla por la patria. Amable es la vida, pero más amable es la virtud. Grande cosa es la vida corporal, pero más grande y más preciosa y más noble y más bella y más amable es la vida del espíritu, la vida sobrenatural que nos hace semejantes a Dios y nos garantiza la posesión de otra vida perdurable, que esa sí es el colmo y la suma de todos los bienes, porque es la posesión de Dios.

De manera insuperable expresó estas ideas don Julio Arboleda en aquella estrofa inolvidable:

¡Patria! Por ti sacrificarse deben  
bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,  
todo, aun los hijos, la mujer, la madre  
y cuanto Dios en su bondad nos dé.

Todo, porque eres más que todo, menos  
del Señor Dios la herencia justa y rica;  
hasta su honor el hombre sacrifica  
por la patria, y la patria por la fe.

Esta es la lección que todos los años nos recuerdan nuestros mártires. Murieron por el cumplimiento del deber. Murieron por no llevar la deshonra a sus hogares. Murieron por darnos patria, por darnos libertad. Murieron por hacer fraguar con su sangre los cimientos de esta república de Colombia, en cuyo seno pudiéramos ser felices respetando los derechos de todos y viendo nuestros derechos respetados.

La obra que ellos iniciaron está muy lejos de haber llegado a la perfección. Tal vez no ha salido todavía de sus comienzos, pues en comparación con el gran porvenir que tienen por delante las repúblicas americanas, este primer siglo independiente es apenas la infancia de su vida. Nosotros estamos llamados también, especialmente vosotros, queridos jóvenes, sucesores en las aulas de tantos mártires y de tantos héroes, a sacrificar nuestro bienestar personal en aras de la patria. No nos amenaza hoy el patíbulo, pero sí el egoísmo. Amenaza peor ésta que aquélla. El patíbulo pondría de relieve una vez más las virtudes de la raza; el egoísmo tiende a destruirlas. El patíbulo sería un enemigo abierto y declarado; el egoísmo es enemigo solapado, que deja la apariencia de una vida floreciente donde no hay sino un cadáver moral, ruinas de virtudes y gusanos de corrupción.

Grande es la energía que necesita hoy la juventud para sobreponerse a esa corriente de mediocridad, de ambición, de abyecto interés en que amenazan naufragar todas las heroicas virtudes que nos legaron los mártires de la patria. Se ponen trabas a la acción educadora y benéfica de la religión y se abre paso en cambio a las sociedades secretas justamente condenadas por la Iglesia, las cuales están actualmente empeñadas en propagar los principios y prácticas del laicismo: escuela laica, beneficencia laica, patriotismo laico, y el resultado está a la vista de todos. El laicismo, mezquino ideal con el cual nunca llegará nuestra juventud a emular ni comprender siquiera las heroicas virtudes de nuestros próceres, que fueron grandes porque fueron profundamente religiosos.

Sólo la religión da fuerza y convicción suficiente para sacrificar ante el deber la hacienda, ante la patria el hogar, y ante la fe, ante la palabra de Dios, la misma patria: que es decir ante el cielo la tierra, y ante el espíritu la carne.

He dicho que no nos amenaza hoy el patíbulo, y ¿quién sabe? Hace unos pocos años vivía yo en una bella región allende los mares en medio de la mayor tranquilidad, y he aquí que hoy se ha desencadenado en ella la más violenta persecución contra la Iglesia de que haya memoria en los fastos de la humanidad, y la más temible conspiración del ateísmo comunista contra los eternos valores de la civilización occidental.

Miles y miles son los cristianos, los sacerdotes, los religiosos que han sido sacrificados por su fe. Miles y miles los heroicos hijos de aquella ilustre tierra que lo han dejado todo y han salido a los campos de batalla a luchar por su libertad, por su honor, por su patria y por su fe. ¿No podrá repetirse la historia también en estas latitudes? No sabemos en qué momento el comunismo ateo, que asecha la ocasión en todas partes y en todas las naciones, pueda aprovecharse de la indulgencia de nuestras leyes y de nuestras costumbres para lanzar a Colombia en una conflagración semejante. Pero sí debemos estar preparados para evitar a nuestra patria esta desgracia, salvando la herencia que nos legaron nuestros mártires, en primer lugar. Y si a pesar de todo llega el momento terrible, para probar que no hemos degenerado de su altiva raza y de sus nobles ideales. Y que somos también capaces de sacrificar nuestras vidas en los campos de batalla, y si llegare el caso también en el patíbulo, por afirmar la patria que ellos nos legaron: una, indivisible, grande, independiente y cristiana.

Esta antigua iglesia de la Santa Vera Cruz guarda una astilla de aquel madero en que inmoló su vida el Redentor de la humanidad. El más santo, el más inocente de los hijos de los hombres murió también en un patíbulo, y murió enseñándonos a amar a Dios y a amar a nuestros hermanos. Murió orando por sus enemigos y disculpando a sus mismos verdugos. El patíbulo ya no es una afrenta para los discípulos de Cristo: es el trono donde reina su señor, es la cátedra donde su maestro enseña, es el tribunal donde su juez perdona. En la oscuridad de los tiempos se divisa entre resplandores una cruz bañada en sangre. Esa cruz ha cambiado las costumbres de la humanidad. Esa cruz, con los brazos abiertos, nos reconcilia con Dios. Esa cruz en la cumbre del Gólgota atrae a sí todas las miradas y todos los corazones, y reúne a su sombra los hijos dispersos del padre celestial. Todos hemos sido redimidos por la misma sangre divina; todos hemos recibido, por los méritos de este sacrificio del Dios Hombre, el mismo don sobrenatural que es el Espíritu Santo; todos estamos llamados a reinar con Cristo en la gloria; todos debemos vivir como hermanos en la tierra. A ese grandioso ideal se acerca la humanidad tanto más cuanto más se hace sentir en el mundo el influjo de la cruz de Cristo. Si el ideal de la patria merece llevarse nuestros entusiasmos, el ideal de Cristo es mucho más grande y más universal y más bello y más durable, porque empieza en el tiempo para florecer en la luz inmarcesible de la eternidad.

\*

\* \*

Por rara coincidencia, esta iglesia de la Santa Vera Cruz guarda tres célebres imágenes del crucificado. Es la primera el crucifijo que tuvo en sus manos y en sus labios al morir san Francisco de Borja. Santa reliquia donada por el presidente del Nuevo Reino don Juan de Borja al noviciado de los jesuítas, y que al salir éstos desterrados vino a parar con fortuna a esta santa iglesia de la Veracruz.

La segunda es una tosca figura de madera, en la que están rudamente pintados los rasgos del Salvador moribundo, y a su pie la

madre dolorosa. Era la que los hermanos de la Santa Vera Cruz llevaban a la capilla de los reos, y dejaban allí entre dos cirios, con el nombre de "monte de piedad", para que consolara en sus últimas horas al condenado a muerte.

Es la tercera la pequeña imagen del crucificado que, enclavada en alto mástil, precedía el cortejo de los próceres condenados a muerte, desde la cárcel hasta el lugar del sacrificio. Con razón la llamamos el "Cristo de los mártires".

Y ved aquí, hermanos míos, cómo por una rara coincidencia tenemos ante nuestra vista tres imágenes que han recogido las últimas miradas de tres clases de personas muy distintas; las miradas del santo, las miradas del pecador, las miradas del héroe.

La muerte del santo no es una desgracia, es una liberación. Dos cosas hacen terrible la muerte a los ojos de los hombres: el apartamiento de todas las cosas que el corazón ama: parientes y amigos, riquezas y honores, proyectos y esperanzas, y por otro lado la incertidumbre del espantoso salto en los abismos de la eternidad. Ambos factores pierden su eficacia en la muerte del santo. No tiene éste el dolor del desgarramiento final, porque hace tiempo que su corazón se desprendió de todas las cosas. San Francisco de Borja había ya renunciado muchos años antes a sus parientes, a sus riquezas, a sus comodidades, a los grandes honores que la corte le brindaba y a toda esperanza de medro o de provecho temporal. Estaba muerto al mundo y al amor propio. Estaba medio muerto. La mitad de la muerte, que es el apartamiento de todas las cosas, ya había pasado para él.

Pero tampoco sentía la amargura de aquella incertidumbre que hace la muerte espantosa para el común de los mortales, porque no en vano se había entregado por completo al servicio de Dios. Dios no abandona a los suyos en el trance supremo. Era san Francisco tan humilde que se tenía por el mayor pecador de la tierra; y así sus últimas miradas al crucifijo serían pidiendo al Señor misericordia. A esa súplica no podía contestar Jesús con la mirada terrible del juez airado, sino con la mirada apacible del padre bondadoso: *Intra in gaudium Domini tui*. Se acabó el sufrimiento, llegó el momento de premio; ven y entra en el gozo de tu Señor. *Et absterget Deus omnem lacrimam ab oculis eorum*. En aquel momento, dice el Apocalipsis, secará el Señor toda lágrima en los ojos de sus escogidos. En aquel momento brotan más vivas que nunca la fe y la esperanza, y dice el alma con san Pablo: *Scio cui credidi*. Yo sé en quién he tenido confianza y estoy cierto que no me engañará. En aquel momento la caridad levanta los más ardorosos incendios. *Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit me separare a caritate Dei quae in Christo Jesu Domino nostro*. Abrazado a su crucifijo el santo moribundo repite las palabras de triunfo de san Pablo: "Nadie, ni la muerte ni la vida, puede separarme de la caridad de Cristo. Y sé que tengo segura la corona de justicia que me dará el justo juez en el día supremo, en este momento supremo."

Feliz aquel, dice san Bernardo, que siente alguna vez en el interior de su alma los ojos de Cristo, llenos de bondad y amor. Esa es la experiencia de los santos en su última agonía. Y por eso mueren

felices, porque después de larga peregrinación se encuentran ya para siempre en los brazos del amado. *¡Veni, Domine Jesu, ven, Señor Jesús!* Este es el grito de triunfo con que el santo se despide del tiempo para entrar lleno de luz y lleno de alegría en la venturosa eternidad.

Por grande que haya sido un pecador en la tierra, nadie imaginaría que pudiera permanecer endurecido en el último instante ante la mirada del Redentor que con ojos velados por la sangre lo mira desde la cruz y le ofrece perdón. Pero desde que hemos visto morir a Jesús entre ladrones, mirar al uno y al otro; ofrecer al uno y al otro olvido y perdón de lo pasado, y dar a uno y a otro los más admirables ejemplos de resignación, de confianza en Dios y amor a los enemigos; y desde que hemos visto que de esos dos privilegiados ladrones sólo uno reacciona filialmente ante tanto amor, y el otro se endurece más y más en su maldad, comprendemos cuán grande es el misterio de la libertad humana y cuán profundo el abismo de la predestinación divina. Uno solo de aquellos dos ladrones era predestinado, porque uno solo habría de hacer buen uso de su libertad en sus últimos instantes. Y desde entonces se repite la trágica historia del pecador moribundo. En aquel día, dice el Señor (S. Mat. xxiv, 40) habrá dos obreros en el campo: el uno será cogido, el otro dejado; dos servidoras moliendo en el molino: la una será cogida, la otra será dejada. Por cada dos pecadores en el momento de la muerte, el uno sabrá mirar con arrepentimiento al Señor crucificado; el otro apartará la vista de El con rencor y soberbia.

El sol ablanda la cera y endurece el barro. El mismo sol de la caridad de Cristo en la cruz derrite los corazones nobles, aún de los mayores pecadores, y endurece hasta convertirlo en piedra el corazón ingrato del hijo mal nacido. La mirada de Cristo es igual para ambos hasta el momento de la muerte. Mirada de amor, mirada de paciencia y longanimidad, mirada de compasión y de comprensión, mirada de padre, mirada de amigo, mirada de angustia por la suerte eterna del pobre pecador. Ante esos ojos el hijo pródigo se deshace en llanto y su última mirada es la del arrepentimiento sincero: "Padre, pequé contra el cielo y delante de ti." Mas el hijo rebelde aparta sus ojos del espectáculo del padre que muere por salvarnos, y su última mirada al crucifijo es la mirada del odio y del desprecio. Fugitiva en verdad, porque en el momento de la muerte la mirada de Cristo no es ya igual para el bueno y para el malo, para el arrepentido y para el obstinado en su maldad: es la mirada del juez amable que imparte generoso perdón al alma arrepentida; del juez terrible que con su mirada fulmina al pecador, y con su palabra, penetrante como espada de dos filos, lo anonada: "Id, malditos, al fuego eterno que fue preparado para Satanás y sus ángeles rebeldes."

El inocente que muere en un patíbulo puede estar muy lejos de la santidad, y puede estar muy lejos de sentir como amiga y libertadora la mano de la muerte. Tiene todavía el corazón profundamente adherido a los seres queridos: al padre, a los hermanos, a la esposa y a los hijos; está lleno de ilusiones para el porvenir; ama la vida y ve la sentencia que lo condena a muerte prematura como el golpe



más cruel de una mano enemiga. La mirada que dirige al crucifijo el inocente condenado a muerte es una mirada de angustia, una mirada de dolor, una mirada escrutadora. ¿Por qué, Señor, permite tu bondad tan flagrante injusticia? Y la mirada que le retorna el Señor crucificado devuelve la paz y la serenidad a ese espíritu, para que sepa morir con dignidad y fortaleza y dejar con su muerte un alto ejemplo a las generaciones venideras.

No reprocha el Señor con su mirada la angustia del que va a morir en el patíbulo. El mismo sintió esa angustia, y del fondo de su alma dirigió a su Padre aquella oración: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz." El condenado a muerte halla en la mirada del crucifijo comprensión para su angustia y para su debilidad. Pero halla también fortaleza para cumplir su divina voluntad. "Pero con todo, no se haga mi voluntad sino la tuya." Así la mirada escrutadora se cambia en otra de resignación perfecta. No se haga lo que yo quiero, sino lo que vos queréis. Si el Hijo de Dios, inocente y de dignidad infinita, muere en una cruz entre ladrones, ¿qué mucho que el pecador tenga igual suerte? *Si me persecuti sunt, et vos persequentur. Si a mí me persiguieron, a vosotros os perseguirán también. Non est discipulus super magistrum nec servus super dominum suum.* No está el discípulo por encima del maestro ni el siervo por encima de su señor. *Si patremfamilias Beelzebub vocaverunt, quanto magis domesticus ejus?* Si al padre de familia lo han llamado endemoniado, ¿cuánto más lo harán con sus servidores? Si la providencia de Dios por altísimos fines permite la muerte afrentosa de su divino Hijo, ¿qué mucho que permita la afrenta y la muerte de sus pobres hijos descañados? Tras la mirada de resignación viene otra mirada que el condenado a muerte aprehende en los ojos del Redentor moribundo: la mirada del perdón. "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Es la única disculpa que puede encontrarse para los que sacrifican a su Dios. No se dan cuenta tampoco los que sacrifican al inocente, de cuán gran maldad es la que hacen, y por eso el héroe al morir muere sin rencor; y si es cristiano, muere perdonando como su Divino Maestro a sus mismos verdugos. Muestra el crucificado en su mirada una invicta fortaleza. Y esta misma fortaleza la transmite a quien con los ojos fijos en El recibe injusta muerte. Parece repetirles: *Nolite timere los qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere.* "No temáis a aquellos que matan el cuerpo y después no tienen más que hacer, porque no pueden matar el alma. Temed más bien a aquel que puede sepultar el alma y el cuerpo en el infierno."

Finalmente, en la mirada del crucifijo brilla la esperanza de la resurrección y de la gloria. *Vado parare vobis locum.* Voy a prepararos vuestro puesto en el cielo. Murió El primero y resucitó al tercer día para abrirnos las puertas del reino celestial y darnos prendas seguras de la resurrección. *Hodie mecum eris in paradiso.* Hoy estarás conmigo en el paraíso, es la palabra que a través de los siglos repite el crucificado a todos los que tienen la dicha de acompañarlo en su patíbulo. Por eso la última mirada del mártir cristiano es una mirada de triunfo y de alegría. En la tierra se sobrepone a veces la maldad, o la incompreensión, o la ignorancia. Pero día llegará en que la

justicia eterna restablecerá todas las cosas conforme a la divina ordenación, y en que cada uno de los hombres recibirá su galardón según sus obras. En ese día de la justicia final estarán a la derecha del juez, y muy cerca de El, haciéndole guardia de honor, aquellos que fueron víctimas como El en la tierra de las injusticias de los hombres. "Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos."

No sabemos, amados fieles, cuál de estas muertes será la nuestra, cuál de estas miradas será la que dirijamos a nuestro crucifijo en la agonía. ¿Será la dulce mirada del santo? En nuestra mano está la santidad; Dios nos llama a ella y no niega a nadie la gracia necesaria para conseguirla. ¿Será la mirada del pecador? Que en todo caso sea la del pecador arrepentido, nunca la del pecador obcecado, empedernido y rebelde. ¿Será la mirada del condenado a muerte injustamente? Entonces, en el santo crucifijo que tengamos delante de los ojos, reconozcamos ese Cristo de los mártires que con tanta veneración guarda en los muros de este santo templo nuestra ciudad capital, y juntemos nuestras miradas con las de aquellos que nos precedieron en el camino del Calvario, y sepamos morir llenos de paz, sin rencor y perdonando a los verdugos; llenos de fortaleza, sin debilidad y mostrando cómo muere un hombre de raza de cristianos; llenos de esperanza, sin desfallecimientos, con la seguridad de que, al cerrarse nuestros ojos a la luz de esta vida mortal, se abren para contemplar para siempre la luz indeficiente de la divinidad que saciará todos los anhelos de verdad y de bien que abriga nuestro corazón.

Terminemos, pues, amados fieles, dirigiendo una oración a este venerable Cristo de los mártires, para que en la última hora sintamos en lo profundo de nuestras almas la mirada amorosa del Redentor que nos llama a hacer compañía en la gloria a todos los que nos precedieron en el áspero camino del deber, el sacrificio y la virtud.